

## Aprender a morir

ASENSIO SÁEZ

Isidoro Valverde se ha ido con el gesto cómplice del que sabe que para el cristiano no hay muertos. En la homilía de su misa de *córpore in sepulto* bien se puso de manifiesto el consolador ejemplo dado por el escritor al hacer de toda su existencia un terco, contumaz aprendizaje del bien morir.

¿Qué fue de toda su vida sino una gozosa preparación a favor de un más o menos lejano encuentro con Dios? Cuando, niño aún, en homenaje a la Patrona de Cartagena, estrenó Isidoro la popular plegaria de Hernández Espada «...Oye mi humilde canción, Azucena deshojada...» Y cuando más tarde decidió que toda su literatura fuese una apasionada exaltación de su amada Cartagena, cuando frente al ambón de la Caridad pregonó la Buena Nueva de una Navidad, cuando ahora, sin tiempo para posesionarse de su cargo de Académico de la Real de Alfonso X el Sabio, ha aceptado de buen grado decir adiós a su contorno -familia, amigos, paisaje,- ¿qué otra cosa hacía Isidoro Valverde sino dedicarse a una lúcida, invulnerable preparación a esta despedida última desde la capilla del Naval, con sus puertas de par en par abiertas a una primavera mañana soleada, más de Domingo de Resurrección que de Viernes Santo.

No hay que insistir, por sabido, que con la desaparición de Isidoro Valverde se le va a Cartagena un gran escritor, amante hasta la médula de su ciudad, tanto que para despedirse de ésta ha elegido el día cartagenerísimo de las «Salves», la de la Virgen California y la de la Caridad, su ojico derecho, que no sabe uno qué penas de ausencia debió padecer Isidoro cuando le tocó vivir fuera de su Cartagena sin la visita diaria, más o menos sosegada, a la Señora, o, al menos, sin el piropo de urgencia a través de las mirillas de la Caridad. Valga recordar aquella declaración de amor cuando, por entonces lejos de su ciudad, Isidoro se acerca hasta su Semana Santa para pregonarla lúcidamente proclamando: «Vengo a Cartagena, a la vera del mar, para seguir viviendo». Razón completa manejó Manuel Augusto García Viñolas al brindarle a Isidoro Valverde aquella bienaventuranza literaria que, según el escritor murciano, aprendió cuando comenzaba a ejercitarse en el arte de la gratitud: «Bienaventurados los hombres que saben recordar su contorno, porque ellos serán recordados.»